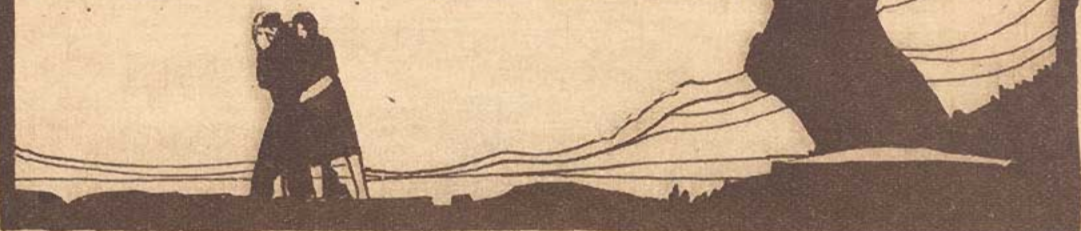


# AQUELLA TARDE A LA HORA DEL CREPÚSCULO.



Aquellos seres eran tres.

Un abuelo de los cabellos blancos, de las pupilas y el corazón tiernos, un abuelo que creía en Dios y en el amor, un abuelo bueno...

Una muchacha de dieciocho años, morena como la Sulamita, como ella, ardiente; como ella, inquieta; pero más pura que ella.

Y un vagabundo pálido, de espesa cabellera, de ojos de mirar extático, de manos pálidas y de pensamiento inquieto. Este había viajado por el mundo y

conocía el dolor múltiple. El primero, que no había viajado y que no obstante también conocía el dolor, que lo había herido por motivos desconocidos, divinizándolo, y la muchacha, que no conocía más placer ni más dolor que la inquietud y el ansia de gozar... Aún no conocía su belleza y en su corazón ardía la fe.

El primero se llamaba Dionisio.

La segunda, Gloria.

Y el tercero... ya no tenía nombre.

Vagaban silenciosos por la meseta que lindaba el bosque, joven de renuevos, que prolongaba la montaña enorme.

El arroyo, que corría por su lecho de piedra, modulaba su canción eterna y se despeñaba y pasaba para no volver más... Llegaba el sol a su ocaso prolongando la sombra de los bosques, aureolándola de oro. Cerca, en el aprisco, los vellones blancos de las ovejas matizaban la esmeralda del prado y a lo lejos un rojo sendero que conducía a la ciudad dejaba ver su retorcimiento.

Habló el joven, que era un peregrino de la belleza.

—Tengo deseos de salir, de recordar estos campos donde nací; ya no me acuerdo ni de los caminos... Ya no soy campesino, hasta la fe en Dios se pierde en las ciudades; allá está la civilización y en la colmena de sus ciudades sólo impera el ansia de superarse; allá no se llora por blasfemar; allá... el que cae, cae... como me pasó a mí: yo fui un vencido en la ciudad. Claro, sólo a mí se me pudo ocurrir que podría vivir entre gentes desconocidas. He-

nas de talento y de pasiones eliminatorias, sólo a mí se me ocurrió presentar combate a la vida en sitios desconocidos. Yo no estaba preparado y tuve que caer...

Hizo una pausa y prosiguió con calor:

—Yo no sé si Uds. me comprenderán; solo sé que tengo necesidad de expresar mis pensamientos. Yo caí a la gran ciudad como cae lo exótico, lo que divierte. Lleno de ilusiones, me di entero a todos y todos me lapidaron horriblemente. La



envidiá, la gran señora Envidia, creció hasta ante mi dolor... Mi vida era muy sana, mi sangre era muy pura, mis pupilas muy ingenuas, mis manos inmaculadas, en mis labios prevalecía el gusto de la leche maternal... Yo era bueno... bueno... tenía amor para todos, no sabía de odios ni de envidias, en mi huerto sólo crecían ilusiones...

Nadie me quiso, nadie me respetó...

Glosé mis dolores, padre mío, y fui poeta; y como poeta me comprendieron, y como poeta me amaron, pero yo, muy herido, ya no tenía amor para los de la ciudad. Veía solamente la luz de una cabeceita alba y el brillo de unas pupilas negras como una perla tenebrosa y lejana. No me paré a contemplar los monumentos creados por el hombre, todos horriblemente recargados de dibujos, todos abigarrados... Las ciudades están llenas de monumentos, los hombres más grandes son immortalizados en el bronce... los más grandes. Son grandes... los generales que han sabido dirigir mejor sus obuses contra la civilización. Son grandes... los legisladores sabios, los héroes del esfuerzo, los visionarios de todas las épocas; pero todos,

todos, son menores que un solo detalle del cielo, del mar, de la naturaleza. Yo escribiré un poema enorme que la cante, quisiera que un escultor místico burlara en mármol las formas exuberantes de la naturaleza, que es bosque, que es astro, que es cielo, que es arroyo, quisiera que pudiera modelar el jamón de su vida... lo que jamás se ha atrevido a ejecutar... y sólo así lograría algo digno de la epopeya... algo digno del mármol evocatriz... Pero, los artistas somos infan-

tiles, nuestra vida terrenal es mezquina, nada podemos, somos de raza de pigmeos... no podemos crecer; pesa sobre nosotros una maldición, somos soberbios, creemos ser más de lo que somos... Si fuéramos humildes ante la naturaleza, seríamos artistas, seríamos hombres...

más podrán vibrar con la naturaleza... Perdoname, viejo tío, he vuelto más loco que antes, más campesino que antes, vengo a cultivar la tierra, hoy sé respetar hasta a las espinas, soy menos malo que antes, soy más humilde, soy más hombre, ya no temo al odio... ya no quiero la grandeza, no me inquietan los honores, quiero paz, quiero felicidad... Yo elevaré mis canciones humildes, llenas de quimeras humildes al infinito, mis quimeras serán de amor, y seré feliz... Yo sabré adorar la majestad de tu diadema de plata y la ternura de tu inocencia, prima mía, y cuando sea digno de uno de tus besos, lo conquistaré para que sea el más rico engarce de mis madrigales de amor y de infinito...

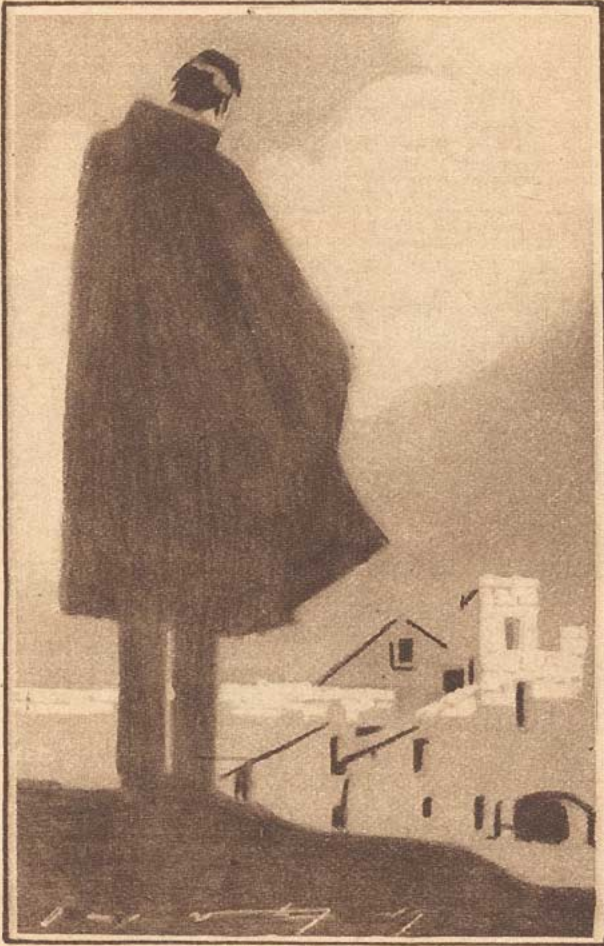
Se extinguió la voz del peregrino de la belleza; la selva pareció más hermosa, el arroyo más cristalino, la naturaleza más buena, más buena...

Tal vez la humildad del artífice operó aquel milagro, tal vez su última ilusión en aquel momento mágico, vivido en encendido crepúsculo, ante la paz del infinito, la ternura de un abuelo y el amor angelical de una niña, los fundió en amor con la naturaleza.

Cuando calló el peregrino de la belleza, la ternura arrancó una lágrima al abuelo, el amor una sonrisa y una lágrima a la niña y un pensamiento único a los tres hermanos en la naturaleza.

Sus brazos enlazaron sus cuerpos, acabó el sol de bajar su irisada escala y un pájaro madrigalero glosó con su canción el único instante infinito que puede conquistar la mezquina vida humana, tejida de quimeras...

ACEVEDO HERNANDEZ.



Que amontonen oro todos; que pidan honores todos; que se inciensen a sí mismos; que construyan laberintos de mil pisos; que se proclamen falsamente apóstoles de la libertad, jamás podrán destruir su ansia, su pequeñez, jamás podrán, con sus vulgares castillos, vivir un solo instante majestuoso, un instante del cóndor que se remonta al espacio, del arroyo que plasma los cielos; del árbol que resiste a los elementos; del ave que canta las más dulces creaciones del sonido, ja-

